

Introducción

Los sentimientos de quienes vivimos entre dos mundos

Son las ocho de la noche. Acabo de llegar a casa después de dar clase durante cuatro horas seguidas, feliz de acabar un curso en la universidad que duró seis extenuantes meses. Mi marido está cambiando algo de un grifo que llevaba como un año goteando con su traje Emidio Tucci marrón y sus zapatos George color caramelo como si fueran impermeables e inmunes a las manchas. Ángela y Yago se están peleando por ver quién se hace con el portátil. Ángela quiere hablar por el Messenger con sus amigos y Santiago acabar la partida del Imperium Civitas. Hay más ordenadores en la casa, pero los dos quieren el mismo con la excusa de que es más rápido o que tiene mejor imagen. Saludo desde lejos con una amplia sonrisa y, en un abrir y cerrar de ojos, soy capaz de ver el futuro sin despegarme del todo de la discusión con el jefe de estudios y la desilusión de que Lola, a la que consideraba mi amiga, se haya llevado junto con mi proyecto el aplauso de mi esfuerzo y mi trabajo. No sé si quiero ver cómo alguien que yo sé acabará empapado y me pedirá que deje el bolso en cualquier parte y corra a por toallas. No sé si quiero parar la discusión de Ángela y Yago. Todos y cada uno de ellos me demandarán algo, me pedirán mi tiempo para escuchar sus razonamientos, sus explicaciones. Quisiera tener aunque sólo sea un instante

para mí, pero también sé que si lo hago, si me voy sigilosamente a mi habitación o al despacho, me sentiré terriblemente culpable. Así que allá voy, dispuesta a darles un abrazo, a que me cuenten cómo les ha ido el día, a mirar de reojo el sillón y llevarlos hasta allí, sin que se den cuenta... para poder quitarme los zapatos.

¿Por qué las madres que trabajamos fuera de casa no paramos ni nos tomamos un rato para el ocio cuando llegamos a nuestro hogar? ¿Por qué no pensamos que valorarnos es una necesidad y no un audaz atrevimiento?

Es evidente que equilibrar nuestra vida laboral y nuestra maternidad aún nos sigue costando lo suyo. Nos seguimos dejando llevar por una imagen idealizada y establecida por la cultura patriarcal sobre qué es ser madre y decidimos casi a diario (o creemos que decidimos) que es mejor ceder a las presiones familiares y cargar con todo y resolver problemas con un «yo me ocupo», en lugar de delegar en otros y que cada uno asuma sus responsabilidades.

¿Por qué las madres que trabajamos perdemos de vista que somos más de la mitad de la humanidad y que eso ya nos da derecho a empezar a cambiar lo que no nos gusta tanto en lo público como en lo privado? ¿En qué momento de nuestra vida empezamos a perder la dimensión real de nuestros talentos femeninos y nos mimetizamos con lo conocido antes que hacer valer nuestro liderazgo?

Mucho hemos avanzado en lo que a derechos de la mujer se refiere. También somos conscientes de que tenemos argumentaciones sólidas sobre qué queremos y sabemos negociar, pero seguimos comportándonos como espectadoras pasivas cuando se dice que la incorporación de la mujer al mundo laboral ha modificado y diversificado los roles. Nos sentimos libres, pero inseguras cuando verificamos que, aun habiendo cambiado el papel de la mujer dentro y fuera del ambiente doméstico, los hombres siguen controlando las mayores corporaciones. O aceptamos que nosotras, para «llegar», tenemos que «demostrar».

¿Cómo empezar ya a darle la vuelta al exceso de trabajo, al exceso de culpa? ¿Cómo hacer para que el trabajo no valorado, el que carece de prestigio, que no es otro que el de la casa y los hijos, sea compartido? ¿Cómo integrar nuestra vida sin sentirnos agotadas?

Éste es un libro para reflexionar sobre lo que nos pasa a muchas de las madres que trabajamos. No es un libro más que nos describe. Es un libro con ideas para dejar de estar empantanadas en medio de dos mundos, para que no se nos trate más como eternas principiantes a pesar de estar ya en los cuarenta, tener una profesión estúpida y una familia perfectamente organizada.

Nosotras necesitamos integrar los dos mundos más que los hombres, simplemente porque parimos (lo que incluye adoptar o tener hijos en situación de acogida) y porque nuestra mirada no es fragmentada. Tampoco necesitamos seguir haciendo malabares si lo que decidimos es estar bien informadas sobre cómo dar a nuestros hijos lo que necesitan en el momento adecuado.

Así pues, éste es un libro para empezar a cambiar. No sólo porque tenemos que dar a nuestra profesión el lugar que se merece en una sociedad que está pidiendo a gritos un nuevo modo de entender el mundo de los negocios, sino porque nosotras tenemos en nuestras manos todos los elementos para dar una respuesta desde el liderazgo femenino. Nosotras podemos responder a las nuevas necesidades empresariales. Es hora de empezar a dejar nuestra huella. Ya hemos logrado que la sociedad comprenda que no trabajamos fuera de casa para dejar de hacerlo en el hogar o para tener más vida social. Ahora el reto es que se valore nuestro modo de ver la vida, de entenderla y de actuar en ella, siempre desde una visión femenina, que integra lo social, el respeto por el otro y que promueve una verdadera explosión de talentos.

1

La culpa

El que inventó la igualdad nos engañó a todas

No hace mucho llegó a mis manos un artículo sobre la desigualdad de género que me pareció, como poco, sorprendente. Había sido editado por una prestigiosa revista científica americana que se dedica a comparar el comportamiento animal y humano. El artículo en cuestión se centraba en las funciones del cerebro y en la distribución de roles del hombre y de la mujer y pretendía demostrar que los diferentes papeles sociales no sólo están determinados desde hace setecientos millones de años, sino que sus huellas permanecen desde entonces (indelebles) en nuestros cerebros. Obviamente, se citaba a prestigiosos científicos para asegurar que dicha impronta es lo que define, entre otras cosas, que los hombres sean directivos y nosotras no, y que, en consecuencia, sean ellos y no nosotras quienes ocupan la mayoría de los puestos de poder.

Argumentaban que en el cerebro masculino hay señales que indican lo beneficioso que había sido para los hombres dedicarse desde tiempos inmemoriales a la caza, ya que esta actividad les había exigido y posibilitado una mayor concentración, habilidad para planificar por pasos y una gran capacidad para descartar pensamientos periféricos.

¿Cómo encajar estas opiniones con el hecho de que hoy hombres y mujeres hayamos comprobado no sólo que somos iguales socialmente, sino también complementarios? Por otra parte, si

nosotras creyésemos que nuestro cerebro es determinante, a ninguna se nos iba a ocurrir hacer doble, triple o cuádruple jornada laboral, trabajar dentro y fuera de casa y encima arrastrar nuestra culpa cada vez que nos reincorporamos al trabajo después de traer hijos al mundo. A ninguna, porque de ser así, sólo deberíamos buscar al que mintió.

El artículo, por si fuera poco, remataba su teoría asegurando que la mayor preparación de los hombres para el liderazgo y su habilidad para llegar más fácilmente que nosotras a altas esferas de poder se debe (prohibido reírse) a que ellos ponen en práctica la «tecnología del chimpancé», porque, como sus hermanos evolutivos, desde tiempos remotos han priorizado la fuerza y la competitividad¹. Difícil tarea, sin duda. Aunque unas líneas más adelante el artículo pretendía reforzar su teoría demostrando que nosotras éramos menos proclives a ser líderes porque, comparadas con el primer fósil femenino, la maravillosa Lucy, las diferencias resultaban abismales.

Me pregunto si realmente los firmantes del artículo en cuestión habían acabado por exaltar aquello a lo que daban menor importancia, y que es el hecho de que las mujeres nos adaptamos y evolucionamos a pasos agigantados. Tampoco entiendo por qué es necesario ponernos al lado del fósil para reconocer que hemos ido por la vida buscando recursos sin parar, incluso en el mundo cerrado del hogar. Porque lo cierto es que, aun así, confinadas al mundo de lo privado durante siglos, nuestro avance ha sido imparable. Y lo ha sido porque nosotras gozamos de un cerebro² menos lateralizado (más integrado) que nos permite mirar en perspectiva,

1. En Senegal hay unos chimpancés (conocidos como chimpancés de la sabana de Senegal) que cazan gálagos con palos semejantes a lanzas.

2. El psiquiatra Mark George, del Instituto Nacional de Salud Mental de Estados Unidos, también sostiene que la estructura cerebral puede permitir a los hombres centrar la atención más intensamente que las mujeres.

y este ir de un cerebro a otro es lo que nos posibilita no ver las cosas acabadas y hechas como las ven los hombres. Nos da la posibilidad de disfrutar, de contextualizar, de disfrutar de los procesos³, de valorar varias posibilidades y alcanzar un mayor número de objetivos en menos tiempo. Prueba de ello es que, mientras la mayoría de los hombres se siguen comportando en la arena laboral y en el mundo privado como si en el siglo XXI su única función aún fuera rastrear mamuts y jabalíes, nosotras somos las únicas hembras de nuestra especie capaces de encajar con una mano un USB en un portátil mientras con la otra calentamos un biberón o nos colocamos un sacaleches porque la empresa para la que trabajamos sólo se puede permitir que nos tomemos un máximo de dos horas para dar de mamar a nuestro bebé.

Somos las únicas de nuestra especie que podemos pasar de un rol de compromiso social contundente y efectivo para dirigir una empresa a la más pura expresión de afecto. Sólo hay que ver con qué facilidad nos quitamos los tacones a las cinco de la tarde para correr con falda y zapatillas deportivas (que hemos transportado estoicamente todo el día en un bolso que cada minuto pesa más) porque deseamos compartir con nuestro hijo un ratito de parque y que no crea que su madre es la canguro o esa mujer que nos dobla en edad y en arrugas y que, en realidad, es su abuela.

Claro que no hay duda de que el género masculino, con tanto ensayo y error durante millones de años, tal vez haya podido aprender estrategias para ocupar más puestos de trabajo y más cargos de poder que nosotras, pero han caído en un error bien caro: creer que hay una única manera de tener el poder y hacer las cosas. Ahora las mujeres también estamos en la arena laboral y lo cierto

3. Como dice la psiquiatra Mona Lisa Schultz, del Centro Médico de Maine: «Debido a que el cerebro femenino está menos lateralizado, las mujeres pueden tener acceso a esta área tanto en el hemisferio derecho como en el izquierdo. No ven las cosas hechas y acabadas, como los hombres».

es que el liderazgo femenino se impone. Nosotras no habremos cazado mamuts en el Paleolítico, pero llevamos años transportando un peso de responsabilidades tan grande como el de las bestias que cazaban los primeros homínidos y eso nos ha enseñado mucho. En el camino, hemos aprendido que se sigue tendiendo a hacer invisible el esfuerzo femenino en el mundo privado porque carece de prestigio, es rutinario, no está remunerado, no tiene horario, porque se nos prepara para ello desde pequeñas mediante los juegos infantiles o las Barbies... Incluso sabemos que todas estas atribuciones condicionan nuestro trabajo en el mundo privado. Aún hoy decimos «mujer trabajadora» y «mujer-madre» como si se tratara de identidades diferentes. Como si cada uno de estos aspectos se reconocieran socialmente sólo por separado, mientras que de un hombre no decimos «hombre-padre» u «hombre trabajador». Es hora de que la maternidad sea vista como algo contrario a nuestras necesidades laborales y deseos profesionales. Probablemente el feminismo ha logrado mucho en todos estos años, pero se ha quedado a medio camino en el reconocimiento de las madres que trabajan. Ha defendido y defiende a la mujer trabajadora, pero se ha olvidado de la madre, la que hace triple jornada trabajo-casahijos. Por ello entendernos y tratarnos a nosotras mismas desde una perspectiva integradora cambia mucho la visión de las teorías que definen a la mujer. Las mujeres que trabajamos no necesitamos que nadie nos diga cuáles son nuestros roles dentro y fuera del hogar. Lo que necesitamos es integrarlos. Para tranquilidad de los científicos, tal vez estemos en una época de mutación evolutiva, pero, sea como sea, lo indudable es que ninguna de nosotras está dispuesta a esperar la friolera de otros ochocientos millones de años para que alguien nos diga si nuestro cerebro es mejor o peor que el de los hombres. Debemos empezar ahora mismo a quitarnos el lastre de creer que somos las únicas responsables de las tareas del hogar, de la educación de nuestros hijos, o del cuidado de las personas mayores. Hoy en día la contención, la educación y el

afecto que reciben nuestros hijos no es sólo una cuestión de las madres. El padre, los amigos, la familia extensa o los componentes de una nueva familia también son pilares fundamentales para el desarrollo de nuestra descendencia. Esto es algo de lo que, como mujeres y como madres, debemos estar convencidas. Al menos para que ninguna mano amiga ponga dentro de ochocientos millones de años, al lado de nuestros fósiles, la inscripción ILPCVCM-CI: «ILUSAS LIBERADAS, PERO CADA VEZ CON MÁS CARGAS INVISIBLES».

Marcia y su inseparable amiga Culpa

Mi amiga Marcia tiene treinta y dos años y tres hijos: dos varones de cuatro y dos años y una niña de nueve meses. Marcia es madrileña y directiva de una consultoría, con un currículum inmejorable y una increíble capacidad para ir a trabajar con su amiga Culpa, ya que deja a sus hijos con una canguro. También va acompañada de su amiga si una noche, en lugar de estar con ellos, decide ir al cine con su marido y dejarlos en casa de la abuela. O si viaja por negocios. Así que el único modo de desvincularse de semejante compañía ha sido quitar horas a su profesión para estar más tiempo con sus hijos.

«Desde mi experiencia, siento que les debo a mis hijos el poder estar con ellos, pasar el máximo de horas. Quiero ser yo quien les dé el desayuno, les recoja en el cole, les ayude a merendar y a hacer los deberes, darles la cena, bañarles y acostarles. Si no, siento que les fallo, que no estoy haciendo todo lo que puedo por ellos.

»Por ello hace tres meses cambié mi trabajo por otro que no es tan excitante como el que tenía, pero que está más cerca de casa y me permite estar tres tardes de cinco con ellos y comer en casa

todos los días. Así, además, puedo continuar con la lactancia de mi hija pequeña. En el trabajo me saco leche dos veces para poder dejarle un biberón para el día siguiente, y en el resto de tomas, come puré y verduras. Para llegar a todo, mi hijo mayor está apuntado a actividades extraescolares de lunes a jueves. Así sale a las 17.30 y puedo recogerle yo. El mediano hace una hora extra de acogida en el colegio, de 8.00 a 9.00, y lo lleva mi marido. Mi suegra nos ayuda con la niña las horas que yo estoy en el trabajo. Mi marido, si no tiene que hacer algún viaje de empresa, me cubre las tardes que yo trabajo. Entre mi suegra, las actividades extraescolares y la hora de acogida, llego a todo. El problema surge cuando, por lo que sea, mi marido se va de viaje, mis suegros no están disponibles, los niños están enfermos o el colegio hace fiesta. Esas ocasiones son las peores, porque entonces debo pedirle a mi madre, que vive lejos de nosotros, que se traslade unos días a nuestra casa. Personalmente, creo que la clave es que nosotras nos sentimos las protectoras de nuestros hijos. Los hombres pueden desconectar más fácilmente. Los padres (aunque no todos ni en el mismo grado) son más prácticos y se olvidan más fácilmente de los problemas caseros y de la familia. Las mujeres salimos a trabajar cargadas con mucho peso: ¿qué habrán comido?, ¿cómo habrá ido el cole?, ¿tendrá fiebre esta noche?, ¿habrá hecho caca?, ¿se habrá lavado las manos antes de comer?, ¿les vigilarán lo suficiente en el patio?... Es una tradición generacional, porque la mujer es la que ha atendido habitualmente las necesidades familiares. Estamos más pendientes del lenguaje corporal, de los sentimientos y de las necesidades de los que nos rodean. Los hombres son más prácticos.»

Guste o no guste, cada vez que mujeres como Marcia atribuyen a la pareja connotaciones de «practicidad» o comentan que sus parejas les «cubren», aún en el siglo XXI y cuando ambos tra-

bajan, asumiendo que son ellas las únicas responsables de sus hijos, están conviviendo con la culpa.

«Él está ahí para lo que lo necesito», dicen, como si la función del padre que trabaja fuera colaborar, ayudar o cubrir cuando nosotras no podemos. Es evidente que, mientras las mujeres sigamos pensando en estos términos, la liberación de la culpa será un hecho cada vez más lejano. Una culpa que puede estar disfrazada de nostalgia, tristeza, añoranza o exceso de responsabilidad entra por la puerta grande y no hay quien la eche. No hay decreto, ni ley, ni ninguna receta mágica capaz de volatilarla mientras no cambiemos el modo de entender la maternidad y la paternidad responsables. Fundamentalmente porque el autorreproche y la culpa no sólo salen a la luz cuando dejamos a nuestros hijos para irnos a trabajar. El origen hay que buscarlo en la idea que tenemos de qué es ser madre. Por ejemplo, cuando creemos más en el autosacrificio como virtud que en nuestras capacidades para resolver de forma efectiva todos los desafíos que se nos plantean tanto con nuestros hijos como en el trabajo. No se trata de nada más que buscar respuestas en la idea que cada una de nosotras tiene de cuáles son las verdaderas funciones de una madre y de un padre. De hecho, aún en el siglo XXI, si se les pregunta a muchas madres que trabajan cómo participa el padre en la educación de los hijos, muchas usan palabras como «colabora», «echa un cable» o «ayuda», aceptando como natural que todo el peso familiar recaerá sobre la mujer.

¿Pasadizos secretos? No, gracias

La culpa de las madres que trabajan no aparece por generación espontánea. Tampoco se va de nuestra vida porque hayamos ganado a pulso nuestros derechos o porque no nos inhibimos cuando tenemos que levantar la voz para denunciar, protestar o testimoniar. La culpa por dejar a nuestros hijos para ir a trabajar tiene

pasadizos secretos que debemos empezar a cerrar. Uno de ellos es considerar la resignación o la dedicación incondicional como un valor, creer que no hay que delegar ni siquiera en personas de confianza, porque «nadie lo hará como nosotras». No se trata sólo de una idea o un sentimiento que aparece cuando la madre primeriza deja a su hijo de pocos meses al cuidado de otras personas. Los pasadizos también se abren cuando la madre está trabajando y debe cumplir su horario laboral sabiendo que su hijo de diez o quince años está enfermo.

Desde muchos espacios sociales a las madres que trabajan se las bombardea con mensajes en los que se insiste que son las únicas responsables del cuidado de los hijos. Anuncios de televisión, revistas para el cuidado y la educación de los hijos y algunas de nuestras madres nos transmiten atajos fáciles por los que se cuele la culpa. Mensajes que ponen el broche de oro cuando se les dice a las madres que si trabajan se perderán muchas cosas relacionadas con el crecimiento de sus hijos. En ninguno de estos comentarios se observa si se trata de una madre insatisfecha profesionalmente o no, o que la calidad del tiempo que se está con los hijos importa más que la cantidad. Lo importante es que cumpla con el deber para el que ha sido preparada.

No podemos dejar que tantos mensajes entren en nuestras vidas como si se tratara de verdades absolutas. No podemos dejar que nuestros sentimientos sean manipulados sutilmente a diario. Debemos contrarrestarlos con información racional. Por ejemplo, según la terapeuta familiar Claudia Messing, se ha demostrado que cuando las madres trabajan valoran más en los hijos las competencias psicológicas y espirituales, cosa que no sucede del mismo modo cuando están todo el día disponibles para ellos. Afirma Messing que estas mujeres están muy conectadas emocionalmente a sus hijos e hijas y que suelen ser, a su vez, más respetadas por ellos. También dice que son un modelo valioso de identificación, tanto para sus hijos varones como para sus hijas.

Los aspectos negativos se relacionan con la falta de límites, aunque esta tendencia puede compensarse si la madre mantiene una autoestima elevada en el ambiente laboral, que la ayudará a la hora de educar a sus hijos. Por último, no hay que olvidar que los hijos van a vivir con naturalidad lo que los padres acepten con naturalidad, y que el trabajo es uno de esos aspectos naturales.

Vestidas a rayas y atadas a una bola

Para algunas madres, la sensación de estar condenadas a tener emociones relacionadas con la culpa es una carga tan pesada que acaban condicionando su vida.

«Siempre pensé que yo era una mujer con una idea bastante clara sobre la maternidad hasta que tuve a mi primer hijo. A partir de ese momento algo cambió en mi percepción de la maternidad: me sentía frenada. Los primeros meses después del parto me sentía como una presa atada a una bola. Más o menos podía seguir haciendo mi vida normal (comer, salir a pasear, ir a trabajar, comprar, preparar la cena, etc.), pero la bola, que no era mi hijo, sino la culpa, pesaba un montón. Así que todo lo hacía mucho más despacio y nunca, nunca, me desprendía de ella.»

¿Cuáles son los estragos que deja en el camino la culpa cuando no nos desprendemos de ella? **El más importante sin duda es el agotamiento y la consecuente permisividad con los hijos.** Es el tipo de madre que cuando el hijo llega a casa y rompe todos los objetos que encuentra a su paso o trepa por las sillas para tirar el jarrón de cristal con rosas recién compradas suspira y dice: «Álex, cielo, ¿qué has hecho?» Y sonrío. Como también sonrío cuando «el nene» arroja una porquería que encontró en el suelo dentro del café que está tomando relajadamente una señora en la mesa

de al lado en el bar. O cuando le tira del pelo porque no le compra una bolsa de patatas fritas. O le da un golpe con su cabecita inocente en la mandíbula simplemente porque no le deja la consola de su hermano. Son madres que sacan un promedio de 685 fotos digitales al mes y que se apresuran a bajarlas al ordenador para colgarlas en el *photolog* de su hijo. A ellas la bola les pesa tanto que, en lugar de estar inmóviles, no dejan de hacer cosas para que sus hijos tengan un protagonismo que nunca se van a ganar de otro modo que no sea haciéndole la vida imposible a todo el mundo.

¿Qué nos pasa a las Lucies del siglo XXI?

La mayoría de las madres que trabajamos fuera del hogar, sea periódicamente (como es mi caso cuando asisto a congresos, presentaciones, eventos literarios o cuando doy clases) o diariamente, tenemos una gran lucha entre la producción y la reproducción. Lo más seguro es que el hecho de que durante siglos a los hombres se les haya adjudicado lo primero y a nosotras lo segundo nos ha creado prejuicios difíciles de superar. Entre ellos, no saber (sólo intuir) si lo que hacemos es lo mejor.

Andrea, madre de dos niñas de tres y siete años, y directiva de una consultoría lo explica:

«Generalmente me organizo para ser yo quien lleva a mis hijas al colegio. Entonces, cuando se habla de alguna información que desconozco, me comparo con el resto de madres del cole y me siento como una madre a la que le acaban de dar el carné y es una principiante. Continuamente me parece que las demás madres están siempre al día de lo que pasa con sus hijos, mientras que yo no sé ni cuándo cambian el menú de la semana. Nunca me entero de las cosas que saben todas, y lo cierto es que me siento culpable. Muy culpable. Me parece que no cumplo con mi deber como ha-

cen las demás. A veces creo que realmente mis hijas necesitan una madre más dedicada a ellas, con más tiempo, porque yo no les puedo dar más del que les doy, y eso me hace sentir fatal.»

Para Ana la sensación no es muy diferente.

«En cuanto llego al trabajo miro el reloj. A las 9.00 es la hora perfecta para llamar a mi marido y preguntarle cómo ha ido la entrada de nuestro hijo mediano al colegio. A las 10.00 llamo a mi suegra para que me cuente cómo ha ido la entrada al colegio del mayor y saber qué hace la pequeña, si se ha tomado el biberón y si duerme. A las 11.00 me suena la alarma del móvil. Es la hora de sacarme leche, así que me paso unos veinte minutos en el baño de mujeres intentando no hacer demasiado ruido con el maldito trasto. Desde ese momento y hasta la hora de comer, es el único rato en que podría abstraerme y dedicarme por completo a mi trabajo, pero para entonces no puedo evitar pensar si no debería sacarme otra vez leche, si será suficiente para garantizar la producción, etc. Claro está, así no hay quien trabaje, y algo en mi interior quiere gritar: “¡Quiero volver a ser yo misma!” Total, se acaba la jornada laboral y regreso a casa con mi neverita y mis 100 mililitros de leche para que se tome mi hija en el desayuno del día siguiente. Al llegar a casa, a nadie se le ha ocurrido que hacía falta poner una lavadora, mis suegros dejan a los niños en la puerta sin informarme de lo que han merendado, dormido o hecho, no he podido ir al curso del ayuntamiento ni voy a poder asistir a la reunión del colegio del mediano a las nueve de la noche sobre las actividades extraescolares. Tendrá que ir su tía, que es quien siempre me salva cuando las cosas me superan. Para acabar de redondearlo, mis hijos, al verme, quieren que los coja en brazos a todos, y yo me desvivo por ellos, pensando que soy una mala madre por pensar en dejarme caer en el sofá durante unos minutos. El

bebé llora desconsolado porque no puedo dedicarle mi atención, mientras mis hijos me explican que han hecho música en el cole y que se lo han comido “todo-todo-todo”. Antes de dormir, como cada noche, me preparo la ropa para el día siguiente. Y pienso que me pondré algo bonito para que nadie sospeche que estoy mal, que no llego a ninguna parte, que no soy una supermujer, ni una supermadre.»

La percepción desfavorable que algunas madres que trabajan tienen de sí mismas se debe a la convicción de que trabajar fuera del hogar es negativo.

Por otra parte hay que tener en cuenta que las madres y los padres tienen visiones emocionales de los hijos muy diferentes. Para una madre del siglo XXI, independientemente de su profesión, lo más importante en su vida es tener una relación de calidad con sus hijos. En la mayoría de las familias, es la madre la que promueve ante todo una buena comunicación y una estrecha relación, ocupándose de fortalecer el vínculo con el contacto y el afecto. La madre es la que esconde tras una sonrisa el cansancio después de una jornada de trabajo por el bien del hijo, porque entiende que estar con él en cuerpo y alma (es decir, estar atenta a sus necesidades, centrada en el niño, en sus necesidades afectivas y de crecimiento) es lo mejor que le puede pasar. Ellas saben que no se trata sólo de llevarlos al médico, al dentista o a practicar su deporte favorito, sino de compartir con los hijos tiempos de diversión, de responsabilidades o sencillamente acercarse, conversar y sentir que están juntos. Son las madres las que se preocupan si no pueden:

- Compartir por lo menos una comida diaria con los hijos.
- Demostrarles que estar con ellos es lo mejor que les ha pasado en el día.

- Acariciarles, abrazarles, besarles y estar disponibles cuando los necesitan.
- Sacar tiempo de donde sea para leerles cuentos y jugar con ellos.
- Aparcar su tiempo de ocio para realizar con ellos una actividad durante el fin de semana, ya sea practicar algún deporte o pasear por el parque.
- Ayudar en las tareas escolares para que la indiferencia del padre no se transforme en un conflicto.
- Apagar la televisión para charlar más.
- Colocarse al nivel de los hijos al hablar con ellos.
- Hablar con un único hijo a la vez y de forma exclusiva para darle a cada uno lo que necesita por lo menos una vez a la semana.
- Establecer pocas pero importantes reglas.

La mayoría de las madres luchan para que los padres hagan lo mismo que ellas y dejen de dedicar casi todo su tiempo y energía al trabajo. Y lo hacen por dos razones: porque muchas de las madres que trabajan fuera de casa son muy autoexigentes y porque confían en que lo que estimula el bienestar de una familia es el cariño y la comunicación.

Faustina, a sus 35 años, no se considera una madre diferente por trabajar en distintos ámbitos y países. Su horario es flexible. Es autora y docente de desarrollo de proyectos personales. Es madre de un bebé de seis meses.

«En primer lugar, al menos en mi caso, creo que mi vida está ligada al bebé por medio de la lactancia. Creo que el lazo biológico entre la madre y el niño es más poderoso; el padre está un poco más libre, al menos hasta los dos años. Creo que los hombres aún no son conscientes del enorme placer y enriquecimien-

to que supone estar cerca de los niños y de que la responsabilidad del cuidado cotidiano es la base de la educación. Creo que se han creído el cuento de ser machos, fuertes y competitivos en el trabajo. El día que prueben las mieles de la maternidad y ésta no sea una opción menospreciada querrán ser mamás. De la misma manera que algunas madres que han probado la adrenalina del mundo laboral y la satisfacción de la realización profesional han descubierto que quieren ser machos.»

Algo en lo que no cree Rebeca, empresaria de hostelería y madre de trillizas:

«Creo que todos nuestros sentimientos de culpa tienen mucho que ver con la etapa de la baja por maternidad. Éste es un periodo en el que generalmente la madre deja su trabajo, seguramente el más largo en su carrera profesional, y aunque lo disfrutamos como las que más, al volver a trabajar, somos nosotras las que estamos “abandonando” a los niños por la profesión.»

Este sentimiento es impensable en un hombre, precisamente porque él no «abandona» nunca al niño. Durante el embarazo ellos continúan con su vida como si nada hubiera cambiado, y únicamente se sienten embarazados cuando están contigo a las ocho de la noche y te quejas de los tobillos hinchados o de que si no te cortas las uñas de los pies no vas a ganar suficiente para medias. Cuando nace el primer niño, es evidente que es un choque, el más grande que vive la pareja, pero ellos no se levantan cada tres horas para sentirse como un surtidor de gasolina, y no sueñan con una siesta que dure ocho horas. Sólo los primeros días en los que la mujer está en el hospital suponen una verdadera alteración en sus vidas. Sin embargo, pasado el periodo del permiso de paternidad, vuelven al trabajo. Y así es imposible que tengan sensación de abandono.